



## VIAJE DE DESTIERRO



(Continuacion)

### XXXV

Ayer se levantó el censo de la ciudad de Lima, i se cree que su poblacion no alcanza a 80,000 habitantes, ménos de la tercera parte de la actual poblacion de Santiago.

Segun los historiadores i cronistas de la colonia, la poblacion de Lima a fines del siglo XVI, era de mas de 50,000 habitantes, siendo la mitad de europeos i el resto de indíjenas i de negros. En esa época Santiago no pasaba de ser una gran aldea de 5,000 almas.

A fines del siglo XVI, Lima era una de las ciudades mas ricas i florecientes del mundo. Las ciudades de Norte-América eran bien poca cosa: Nueva York no pasaba de ser un caserío, i Chicago i San Francisco de California no existian ni en la mente de los poetas i soñadores. Las mismas grandes capitales europeas, como Paris, Viena i Berlin, eran viejas ciudades que se desarrollaban lentamente, como que su trasformacion i crecimiento data de la mitad del siglo XIX. Si Lima hubiera continuado sin interrupcion su marcha de sorprendente progreso, si hubiera seguido desarrollándose como las ciudades de

nuestra época, esto es, duplicando su población cada veinticinco o treinta años, sería hoy más grande que Londres, i el estrecho valle en que está situada no bastaría a contenerla.

Una corriente de inmigración venida de todos los países de la Europa meridional, atraída por la fama de las riquezas del Perú, pobló a Lima casi instantáneamente. Es preciso recordar la lentitud i dificultades de la navegación en aquella época, para estimar como un verdadero prodigio esa invasión de la Europa, cruzando el Cabo de Hornos a través de inmensos i desconocidos mares, para venir a buscar riquezas en país tan lejano!

Pero tal vez no ha existido en la historia del mundo fama de riqueza igual a la que rodeaba el nombre del Perú; fama merecida, pues los tesoros acumulados por los Incas en sus incalculables siglos de gobierno eran verdaderamente maravillosos. Bastaría recordar algunos hechos para formarse idea de aquella realidad increíble: el sueldo que ganaban los virreyes i las sumas dadas por el rescate de Atahualpa. La renta anual de los soberanos que gobernaban al Perú ascendía a 80,000 pesos de oro, i 12,000 para gastos de instalación, sin contar las granjerías i títulos que obtenían por diversos medios.

El acta de repartición del rescate de Atahualpa, otorgada en la ciudad de Caxamalca el 17 de Junio de 1533, consigna detalles interesantes. El total de las sumas dadas por Atahualpa ascendió a 19.821,994 pesos, sin contar las piedras preciosas i las gruesas sumas en oro dadas a Fernando Pizarro, a los enfermos que quedaron en Piura i a Diego de Almagro i su jente. Los soldados de caballería recibieron, por término medio, 8,800 pesos oro i 362 marcos de plata, i los de infantería 4,440 pesos i 181 marcos de plata.

A pesar de este rescate verdaderamente réjio, Atahualpa fué asesinado, lo que prueba que la hidalguía española no viajó a América con los primeros conquistadores.

No son menos curiosos los datos sobre los valores metálicos enviados a España en los tres primeros navíos que salieron de puertos peruanos con dirección a Sevilla en 1533 i 1534. El total de esas remesas ascendía a 4.350,000 pesos oro i 374,610 marcos de plata, sin contar las vasijas de oro i plata, un ídolo de

oro maciso del tamaño de un niño de cuatro años, una gran águila del mismo metal i otros muchos objetos de incalculable valor. Los españoles no dejaron en el Perú sino las chirimoyas i los plátanos, que no podían llevarse porque se podían en el camino.

Fácilmente se comprenderá el asombro que producirían en Europa semejantes corrientes de riquezas que parecían inagotables; los aventureros i ociosos de España i Portugal se dirijeron presurosos hácia este nuevo Eden, mas opulento que todos los soñados hasta entónces, i Lima se pobló con una rapidez de que no habia ejemplo en las antiguas ciudades. Pero como esa jente no traía consigo industria alguna i España mantenía incomunicadas a sus colonias del resto del mundo, el progreso de la metrópoli sud-americana se detuvo cuando no quedó una joya que arrancar a los indios i era necesario trabajar para vivir, cosa tan contraria a las costumbres de aquellos orgullosos i bravos hidalgos.

Hoi Lima, en la plenitud de su decadencia, ve con tristeza cómo la han aventajado pueblos de su mismo orijen i que ayer no existían. Valparaiso, ciudad de este siglo, supera en poblacion i riqueza a Lima i el Callao reunidos, i si la simpática i querida ciudad de los vireyes no hace un esfuerzo heróico para levantarse de su postracion, en poco tiempo no será sino un monton de adorables vejeces que el viajero visitará con doloroso silencio. Está visto que las riquezas naturales de nada sirven cuando los pueblos no saben aprovecharlas con la enerjía del trabajo; España era dueña del Nuevo Mundo, el sol no se ponía en sus dominios, el oro de la América se vaciaba en los cofres de sus reyes, i España con tanta gloria i con tanto poder, era, sin embargo, una desgraciada nacion, pues todo el jugo de la tierra no bastaba a mantener la tiranía, el fanatismo, la ignorancia i la pereza que la devoraban.

### XXXVI

Hai en Lima otra estatua mui aplaudida de los chilenos: la de Cristóbal Colon, que se alza a un extremo de la plaza de Santa Ana, frente al Parque de la Esposicion. La figura del

navegante es noble i benévola a la vez: el jénio i la gloria de la gran empresa realizada parecen reflejarse en toda ella. Levanta con dulzura a un indio arrodillado a sus piés, como significando que el descubrimiento dió a los antiguos habitantes de América una civilizacion superior, sacándolos de la ignorancia i esclavitud en que yacian, a una vida libre i feliz.

Habría mucho que decir a este respecto, i si la cuestion se resolviera por medio de un plebiscito indiano, seguramente que el fallo no sería favorable a la empresa de Colon i de sus compañeros. Los indios peruanos constituian un imperio poderoso i civilizado, i eran mas felices ántes de la conquista que al presente. Si hai en la historia de la humanidad hechos crueles i bárbaros, son los que se ejecutaron para vencer i conquistar a la raza indijena de América; se la robó, se la hizo esclava i se la llenó de vicios que no tenia.

Se dirá que los súbditos del Imperio Inca vivian en la idolatría i que ahora tienen la fortuna de ser miembros de la iglesia católica; talvez los indijenas prefirieran su vida idólatra de ántes a su existencia abyecta pero católica de ahora. La alegoría de Colon debe ser para ellos una cruel ironía.

El monumento que conmemora el combate del 2 de Mayo está situado en el Camino de Cintura, frente a la Avenida del Callao, barrio pobre de Lima, de bajas viviendas i tapiales. En detalle i en conjunto este monumento es una obra de arte hermosísima: sobre un grandioso pedestal de mármol se alza una elevada columna coronada por el ánjel de la victoria o de la fama, con las alas desplegadas al viento i entonando la épica trompeta; en la base de la columna descansan cuatro grandes estatuas alegóricas, que representan al Perú, Chile, Bolivia i Ecuador, las cuatro Repúblicas aliadas contra el intento de reivindicacion de las antiguas colonias del Pacífico, que acarició el gobierno de Isabel II. El pedestal i la columna son de mármol de Carrara i las estatuas de bronce.

En el frente del monumento i sobre un pedestal aislado se alza la estatua del Ministro Gálvez, el organizador i el héroe de la defensa del Callao i tambien su víctima mas ilustre.

Parece que en este monumento ha predominado la idea jenerosa de conmemorar la alianza de las cuatro Repúblicas her-

manas sobre el hecho mismo de armas que fué esclusivamente peruano; solo así se esplican las proporciones colosales de las cuatro estátuas que simbolizan la union de las repúblicas i la pequeñez relativa de la figura de Gálvez.

El 31 de Marzo de 1866, Chile sufrió el bombardeo de Valparaíso, ordenado por la vieja cortesana que la misma España castigó despues arrojándola del trono que prostituía.

Isabel quería castigar la actitud de Chile i la captura de la *Covadonga*; pero la órden del bombardeo contra una plaza comercial e indefensa no debió ser del agrado de los marinos españoles.

El paseo triunfal al Pacífico había hecho fiasco i la aventura resultó ridícula: la escuadra recibió órden de regresar la España; pero como no era posible volver solo con los laureles de bombardeo de Valparaíso i el cadáver de Pareja conservado en un tonel de aguardiente, se decidió el ataque de un puerto fortificado de la costa: el del Callao, que era el mas fuerte.

No hai duda que la defensa de este puerto fué honrosa para los peruanos, i que Gálvez i sus compañeros pelearon i sucumbieron como verdaderos valientes; pero no es posible desconocer que el ataque fué tambien glorioso para los marinos españoles. La escuadra, con sus buques de madera regularmente artillados i con solo uno de delgado blindaje, atacó durante seis horas las fortificaciones, sin que ninguno de sus barcos fuera echado a pique. Es cierto que la *Resolucion* i la *Numancia* llegaron dificilmente hasta España; pero llegaron. Los cañones de las fortalezas del Callao eran en su mayoría de grueso calibre: de ciento, de ciento cincuenta, de trescientas, de quinientas, i hasta uno de a mil, que se denominaba el cañon del pueblo; pero los artilleros peruanos, bisoños en su mayor parte, no podían compararse con los veteranos que tripulaban las naves españolas.

La estátua de Gálvez que adorna el monumento del 2 de Mayo, es la única que el Perú ha erijido en honor de uno de sus hijos, lo que prueba una gran justicia i un gran castigo a la vez: no le han faltado a esta nacion hombres de valor i de talento, pero esas cualidades se han visto afeadas por defectos que

los pueblos desgraciados no perdonan jamas. El Perú ha tenido hambre i sed de un hombre lleno de fuerza i de prestigio moral: talvez no le ha encontrado todavía i por eso no le ha glorificado.

## XXXVII

Doi una última mirada al hermoso monumento, i noto al retirarme que una negra me observa con curiosidad. Es una jenuina negra limeña de labios gruesos, de ojos orgullosos i de sonrisa desdeñosa. Viste su traje de domingo, i un pañuelo de espumilla bordado de colores, como ya no se ven, cubre sus hombros, envolviendo su cintura. La mano en la cadera i un gran cigarro puro en la boca completan el carácter de este extraño tipo de mujer.

—¡Bonito! me dice, echando atras su cabeza para mirar al ánjel que corona el monumento.

—¡Bonito! le contesto con entusiasmo, i nuestras miradas se confunden en la cúspide.

La negra chupa el cigarro i arroja el humo con fuerza, como pretendiendo envolver con él al monumento.

—Es Ud. chileno, dice, sonriendo de una manera que me parece terrible.

No quiero darle un mal rato confesando que pertenezco a esa intrusa raza que ya por tres veces ha tomado posesion de Lima en el espacio de medio siglo, i le contesto meneando negativamente la cabeza.

—No oculte, hombre, su patria, dice ella, insistiendo. No será tan buena cuando la niega; i vea Ud., añadió con espresion de sorpresa, a su amigo de usted se le da mucho aire al mariscal Castilla.

Se refería a un caballero peruano que me acompañaba.

—Ese sí que era un hombre grande, valía mas que todos estos juntos, dice la negra, señalando con su mano decorada con gruesos anillos las estátuas del monumento.

I se estiende haciendo el elojio del gran mariscal libertador, en su jerga de negra.

No es la primera vez que oigo recordar con cariño i admiracion la memoria del popular caudillo que fué árbitro de la suerte

del Perú, i me estraña, que despues de tantos años de desaparecido, viva en el corazon de esta raza inconstante i lijera. ¿Qué cualidades le hicieron tan popular i querido?

Castilla nació a fines del último año del siglo XVIII i pasó una parte de su juventud en el sur de Chile, en la ciudad de Concepcion, adonde lo trajo su hermano mayor i tutor don Leandro Castilla, i en cuyos colejios cursó sus primeros estudios bajo la direccion de don Mariano Benavente i del padre Aliaga. El padre de don Ramon era español i la madre de orijen italiano; corria por sus venas la altiva sangre del uno i la ardiente i apasionada de la madre, lo que esplica la estraña mezcla de su carácter, aventurero i temerario.

En 1812 estalló en Concepcion un movimiento revolucionario en contra de la monarquía, i el jóven estudiante, por insinuacion de su hermano, ardiente partidario del rei, obtuvo los despachos de cadete de caballería en el rejimiento de *Dragones de la Frontera*, donde inició la série de peripecias que forman la novela de esa vida tan militar i tan ciudadana a la vez.

La revolucion fué sofocada, i Castilla se alejó del ejército para volver a él en 1816, nombrado por Marcó del Pont como cadete efectivo. Se le incorporó en el ejército que debia pelear contra San Martin, i que en ausilio de los patriotas chilenos acababa de pasar la cordillera.

Derrotados los españoles en la batalla de Chacabuco, Castilla cayó prisionero i fué enviado a Buenos Aires, de donde pasó a Rio Janeiro i de ahí a Lima, recorriendo por tierra, en el término de cuatro meses, mas de mil quinientas leguas. Marcha estupenda que manifiesta el vigor físico del soldado.

La revolucion habia seguido su camino victorioso, i Castilla, contaminado con su espíritu, volvió las espaldas a los españoles, bajo cuyas banderas hizo sus primeras armas, i solicitó de San Martin un puesto en el ejército patriota, i éste le incorporó en el escuadron Húsares con el grado de teniente. En 1822 marchó al Alto Perú a las órdenes de Santa Cruz e hizo toda la campaña hasta la llegada de Bolívar. Fué el primer oficial peruano que entró a pelear en la batalla de Ayacucho, de donde sacó dos heridas, siendo mui recomendado por sus jefes.

Desde este instante adquirió Castilla un nombre prestijioso i

una alta posicion, llegando a ser jefe de estado mayor del ejército acantonado en Puno; pero un contraste inesperado detuvo por algun tiempo su fortuna i le alejó del ejército i del Perú.

Habiendo dicho a Gamarra que no era decoroso para el ejército peruano ser mandado por jefes extranjeros, éste le hizo encerrar en las fortalezas del Callao, de donde se escapó para Chile en 1833, despues de dos largos años de prision. Regresó al Perú a fines del citado año, época en que Orbegoso i Gamarra se disputaban el poder. Despues de algunas batallas mas o ménos sangrientas, Gamarra fué derrotado i el triunfante Orbegoso dió a Castilla el ascenso de jeneral. La guerra civil continuó mas sangrienta que ántes entre Salaverri i Orbegoso. Gamarra aparece nuevamente en escena protegido por Santa Cruz, i de este cáos nace la Confederacion Perú-Boliviana i la intervencion de Chile en tan prolongada lucha. De esa primera espedicion chilena contra Santa Cruz, que fué al mando del almirante Blanco Encalada, formó parte el jeneral Castilla i gran parte de los emigrados peruanos residentes en Chile. El tratado de paz de Paucarpata puso término a esta rápida espedicion, i Blanco i Castilla regresaron a Chile.

Nuevos i grandes sucesos se desarrollaron bien pronto. Chile envió, a las órdenes de Búlnes, una segunda espedicion contra Santa Cruz, i de ella formó parte otra vez el jeneral Castilla. La espedicion desembarcó en Ancon, i pronto el ejército restaurador ocupó la ciudad de Lima. Gamarra fué proclamado presidente provisorio del Perú, i éste dió a Castilla la cartera de la guerra.

Pocas veces se ha presentado en las luchas civiles de América situacion mas difícil de resolver: el Perú era un pais empobrecido, trabajado por la anarquía i dominado por un ejército poderoso i un caudillo esforzado i de temple verdaderamente militar. El ejército restaurador carecia de todo: sin leña para el fuego, se vió en la necesidad de quemar hasta los techos de las casas; sin raciones i con mas de quinientos enfermos, no tuvo mas expectativa que el triunfo, i lo obtuvo completo i espléndido en la batalla de Yungai.

La confederacion vino al suelo i Santa Cruz huyó a Bolivia con las reliquias de su brillante ejército. Castilla peleó en esta

batalla con su valor de siempre, fué ascendido a jeneral de division, i en el nuevo gobierno, presidido por Gamarra, entró a desempeñar la cartera de Hacienda.

Por un momento se creyó que la paz estaba asegurada; pero la ambicion de los caudillos peruanos no respetaba ni la angustiada situacion en que la patria se encontraba. Vivanco se subleva en Arequipa; pero va Castilla i le vence. Nueva guerra se declara entre el Perú i Bolivia. Gamarra es derrotado i muerto en la batalla de Ingavi el 18 de Noviembre de 1841; Castilla cae prisionero i, cargado de grillos, insultado i sufriendo el trato mas indigno, es conducido a Bolivia.

A la muerte de Gamarra todos sus émulos i subalternos ambicionaron su herencia: Trenico i Lafuente se sublevan en Moquegua; Castilla, que se encontraba en Tacna de regreso de Bolivia, organiza precipitadamente algunas fuerzas i les vence; pero Vidal se subleva en el norte; el jeneral Guarda en el sur; Vivanco alza de nuevo la bandera de la rebelion, i Castilla aparece por todas partes combatiendo la anarquía i sofocando sus movimientos. Como una justa recompensa a su patriotismo i actividad prodijiosa, es proclamado presidente el 22 de Abril de 1845, i en 1851, por primera vez en el Perú, trasmitió el mando supremo a su sucesor constitucional, el jeneral don José Rufino Echeñique.

Pronto levantó el gobierno de Echeñique una poderosa oposicion, i Castilla se puso al frente de ella, organizó un ejército i venció a Echeñique. Otra vez asumió el mando supremo del Perú, que conservó hasta 1862, legando su cargo al jeneral San Roman. Pero la anarquía peruana era tan infatigable como la actividad de Castilla: Vivanco se subleva de nuevo en Arequipa; Castilla toma la ciudad por asalto i aplasta a su antiguo rival.

La situacion interior del Perú, siempre amenazante, se agravaba con motivo del conflicto con España. Castilla tiene sobre esta cuestion una misteriosa confidencia con Pezet, cuyos detalles no se conocen, pero que dieron por resultado la prision de Castilla i su embarque a bordo de una fragata mercante que despues abandona en Jibraltar.

Caído Pezet, Castilla regresa al Perú en 1865; pero el gobierno le destierra en el acto para Chile. El 12 de Mayo de 1867 se

embarca en Caldera a bordo del vapor *Limeña*, que conduce mil rifles, i en la noche del 15 desembarca en Mejillones para iniciar nueva campaña. Su empresa es conocida; pero él marcha impasible a Tarapacá; su salud está quebrantada i el vigoroso impulso de su espíritu le abandona. Se ve en la necesidad de hacer cama; pero, llamado con urjencia por sus amigos de Tacna i Arica, cobra bríos i se pone en marcha. Su improvisado ejército le acompaña silencioso. El viejo jeneral no es sino una sombra sobre su caballo; pero sigue marchando, llega a Camiña casi agonizante i no quiere detenerse. No escucha los consejos ni las súplicas de nadie; sube de nuevo sobre su caballo i continúa hácia Niviliche; pero sus fuerzas le abandonan i esclama: «No puedo mas, me muero»; i espira recostado sobre el pecho de su ayudante.

La vida prodijiosa de este caudillo es la propia historia de la anarquía i de la eterna guerra civil que durante medio siglo despedazó al Perú, i por eso la he narrado a la lijera, al mismo trote rápido con que Castilla la recorrió.

Al pueblo peruano le seducia la audacia imponderable de este hombre que triunfaba de todos sus rivales, que solo, montado sobre su caballo i blandiendo su espada, sofocaba revoluciones i ahuyentaba a las soldadescas amotinadas; el pueblo peruano amaba al mandatario que en los días de fiestas arrojaba a la multitud puñados de oro, que seguramente no sacaba de sus bolsillos sino de las arcas fiscales, i le enorgullecian los antecedentes del soldado que peleara al lado de Bolívar, de San Martín, de Sucre i de Búlnes. Esta mezcla de guerrero, de aventurero i de político, jeneroso, valiente, sin odios, con mui poca o ninguna moralidad, es del supremo agrado de esa multitud apasionada, estravagante i revuelta en tantas razas que forma las capas bajas del pueblo peruano.

### XXXVIII

Grandes noticias llegan de Chile: el ejército se ha embarcado en Iquique, en Caldera i en Huasco, i sigue viaje para el sur convoyado por la escuadra. ¿Va a Coquimbo, a Valparaiso, a San Antonio, a Talcahuano? Hai en todos el convencimiento

que va a combatir de frente al tirano i que desembarcará en el centro de sus propias fuerzas. Solo los dictatoriales no pueden creer en tanta audacia i sostienen que el ejército va a Coquimbo o Concepcion. Si da un golpe afortunado, tratará de aumentar su número para poder marchar sobre Santiago. Tienen fé ciega en que el ejército del Dictador los aplastará de un solo golpe. Acabo de encontrar a mi amigo el coronel Balmacedista, i al despedirse me ha repetido con el énfasis de un hombre que trata de aparecer convencido:

—Lo va usted a ver: el viejo ejército de Chile no podrá ser vencido.

En este pais la jente se muestra asombrada de la vitalidad de Chile. En pocos meses Balmaceda ha organizado un brillante ejército de 35,000 hombres i el Congreso otro de 14,000, i se han invertido en la guerra mas de cien millones de pesos, sin que uno solo de los ramos de la administracion pública se haya suspendido, ni siquiera el servicio de la deuda esterna. Es una lucha gigantesca para una nacion sud-americana, i tal vez no se ha visto nunca, en relacion a la poblacion i riqueza de un pais, esfuerzo igual de enerjía, pues no se trata de rechazar a un enemigo extranjero, sino de una contienda de principios.

La opinion pública en el Perú, respecto a esta guerra, se ha modificado por completo: al principio era favorable a Balmaceda, especialmente en los hombres; talvez habia en el fondo de esta opinion un sentimiento de natural i humano egoismo, imaginándose que Balmaceda iba a ser para nosotros un azote que les vengaría de los males que les hemos causado; pero cuando se relatan los crímenes i crueldades cometidas por los hombres de la Dictadura, un sentimiento de dignidad i de propio decoro les impide defender al tirano. Esta raza es jenerosa i llena de bondad, i despues de conocerla, mi deseo mas vehemente es borrar los rencores del pasado i ser para el Perú los hermanos de otro tiempo.

La opinion femenina, que en Lima es de mucha importancia, fué desde un principio favorable a la causa del Congreso. Las mujeres, mas sinceras i entusiastas que los hombres, no ocultaban sus simpatías hácia los que se sacrificaban por defender las instituciones de su patria. El Perú tambien habia tenido un

Dictador, que el pueblo colgó de las torres de la Catedral i despedazó despues por las calles de la ciudad, para tremendo escarmiento de los futuros tiranos. Estaban asombrados de que nosotros, tan orgullosos i valientes, no hubiéramos hecho justicia mas rápida.

Nervioso por las noticias que de Chile llegan e inquieto por el éxito de las tremendas batallas que se van a dar, vago sin rumbo por las calles de Lima. El porvenir de Chile se va a jugar en esta campaña: si somos vencidos, un tirano se entronizará i la labor paciente i honrada de tres cuartos de siglo se desmoronará de súbito. Verdad que la lucha continuará hasta agotar a uno de los dos contendores i que el tirano caerá al fin; pero despues de cuánta sangre i sacrificios!

Un sentimiento de amor inmenso a la patria, de ternura hacia los que van a dar su vida por defenderla, de dolorosa incertidumbre, de odio hacia el tirano i sus cómplices, me domina i entristece. Hai un templo cuyas puertas están abiertas i penetro en él; un aire fresco, impregnado de viejos olores a incienso i flores marchitas, circula por las altas naves. Parece que vagaran en el aire los rumores de las plegarias que durante tres siglos han dirigido al cielo millares de creyentes. Recorro lentamente los altares, i las imájenes mal vestidas que les adornan me inspiran simpatía: todos esos hombres se han sacrificado por algo que han juzgado grande, i muchos han luchado contra los tiranos, sacrificando sus vidas por el triunfo de una idea. Es precisamente lo mismo que nuestros amigos van a hacer o hacen en estos momentos.

Nada de particular ofrecen los templos de Lima, a no ser sus reliquias i su vejez; pero hai en algunos i especialmente en este de San Pedro, dos magníficos altares de madera de nogal, que tienen ese tono noble i clásico que da el tiempo. Son dos muebles tallados con esquisito gusto i cuyas coronaciones se pierden en el fondo de las pequeñas cúpulas que sobre ellos se alzan, dando luz a las naves. Sentado en un escaño de madera contemplo con satisfaccion estas dos hermosas obras. Lima entero no vale lo que estos altares.

Una oracion dicha en alta voz, casi a gritos, llama mi atencion: es un negro que, arrodillado frente a un altar i con los

brazos en cruz, reza con un fervor imposible de describir. No puedo ménos de sonreír al ver que ese pobre negro se imagina que Dios no le oír si no alza la voz, como los que hablan a gritos por teléfono creyendo hacerse entender mejor. Cuántas veces el pobre negro habrá repetido inútilmente sus plegarias, i esta vez, impaciente i contrariado, pretende hacerse oír elevando fuerte su eco.

El templo está desierto; solo al rededor de un confesonario se agrupa un pequeño número de mujeres. Una de ellas ocupa la tablilla desde que entré al templo. Miro al confesor: es joven i parece contrariado con mi presencia. ¿Si me conocerá en la cara que no soi creyente de pura raza? La penitente sigue arrodillada i confesándose. ¡Qué pecados tan interminables tienen algunas mujeres!

Un ruido leve pasa a mi lado: es una dama joven que se desliza con el paso ligero i elegante de una mujer a la moda i de la alta clase. Es mui hermosa. Su rostro posee suaves contornos, su linda boca luce perlas, sus cabellos claros, sin llegar a ser rubios, i sus grandes i expresivos ojos negros miran sonriendo a los santos. Me parece ser mas bella que los dos altares, i al instante mi pensamiento, que vagaba por el cielo, desciende a la tierra. Se arrodilla frente a un altar, casi en el sitio mismo que poco ántes ocupaba el fervoroso negro; murmura una oracion con distraida elegancia; sus labios se mueven con gracia i como si hicieran una confidencia de amor, i sin duda alguna que el santo la ve i la escucha con placer. Pienso que esta mujer debe tener gran influencia en el cielo i que seguramente va a obtener lo que desea con su lijera súplica, lo que el pobre negro no ha podido conseguir con sus gritazos; i me indigna la idea de que tal pudiera suceder.

¿Por qué tiene ese aire galante i casi provocativo, esa inquietud nerviosa e impaciente, aunque atemperada por cierto disimulo? ¿Es posible que esta mujer creyente venga aquí a pasar el tiempo charlando con los santos, miéntras llega la hora dichosa que ella espera? I no sigo en mis sospechas porque Hamlet se interpone en mi pensamiento i recuerdo las palabras que dice a Ofelia: «Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia.»

I pienso en la patria, en la noble propaganda que nuestras mujeres hacen, en las madres que tienen sus hijos en la guerra, en las esposas solitarias, en las novias que talvez no van a ver realizado su ideal i que en esos momentos oran en nuestros templos con santo fervor, i pienso tambien que para saber cuánto se ama a la patria es necesario verla en peligro i estar léjos de ella.

## XXXIX

Miéntras la suerte de la patria se libra en los campos de batalla, el ánimo de los que desde aquí contemplan la lucha está inquieto i triste. Mas de treinta mil hombres, la juventud i la fuerza de la patria, se van a despedazar por la ambicion i vanidad de uno solo. A cada momento llegan de Chile noticias terribles: la tiranía fusila i azota hasta a las mujeres. Muchos de los que ayer eran nuestros amigos, se han convertido en verdugos. Dominado por estas impresiones, he amanecido con un humor negro, i durante toda la mañana he pasado en el Parque de la Esposicion, hermoso sitio lleno de árboles, de silencio i de soledad. ¡Qué bien vivo aquí con mis afectos i recuerdos! Soi feliz alejándome de todo lo que no amo con sinceridad, pues una especie de desconfianza, de odio a lo que es humano, se ha apoderado de mi espíritu, tan comunicativo i confiado. Si encuentro por la calle a un hombre desconocido, me pregunto, si es gordo: ¿qué mónstruo será éste? i si es flaco: ¿qué reptil? i alijero el paso para que no me dé caza i me devore, i trato de no pisar las huellas donde ha dejado su ponzoña. Por fortuna esta nube pasará pronto.

Del Parque me dirijo al Cementerio, arrastrado por el estado melancólico de mi espíritu. Es hermoso, bien construido i limpio, aunque no tiene la estension i grandiosidad del Cementerio Jeneral de Santiago. Su distribucion parece orijinal, pues está dividido en una série de pequeños cementerios, que seguramente forman en conjunto algun plano injenioso que no he querido darme el trabajo de descifrar. Las murallas están cubiertas de nichos que la muerte va ocupando poco a poco, i en el centro de los patios se alzan monumentos de mármol en los que el arte es mas escaso que la pretension.

Me imaginaba que el Cementerio de Lima estaria lleno de monumentos antiguos, por haber tenido esta ciudad una aristocracia tan titulada i opulenta; pero nada! Ni siquiera los huesos dejan los peruanos a su patria. Muchos que han gozado de sus fortunas en el extranjero, han desparramado sus cenizas en los panteones de las ciudades europeas. Egoista ostracismo que no siente el placer supremo de descansar juntos, los que se han amado, en una misma tumba!

Vi en mármol, desparramados aquí i allá, una serie de presidentes que en vida no hicieran otra cosa que combatirse i derrocar, i que hoy, tranquilos en sus puestos, se miran de léjos como contrariados de no poderse echar abajo los unos a los otros. Entre estos monumentos, el mas costoso, no el mas bello, es el del gran mariscal Castilla, en cuyo pedestal se leen todos sus títulos, que de nada le sirvieron para hacer feliz al Perú.

Hé aquí, al fin, una hermosa estátua que me detiene en mi marcha silenciosa. Representa una mujer, esposa i madre, muerta todavía jóven i en la plenitud de su belleza. Está representada con su traje mundano, el que talvez llevaba cuando cayó herida para no levantarse sino sobre este pedestal. ¡Qué hermosa es con su mirada bondadosa i su sonrisa de vida! En su frente hai, sin embargo, una sombra triste, ese signo indefinible de los que se alejan ántes de tiempo.

El esposo ha querido representarla así, en toda su belleza, en una actitud casi galante, que le recuerde su dicha. Esta mujer, retratada viva sobre su tumba, produce un afecto profundo: es un desafío a la muerte. ¡Ah! parece decirle: quisiste hacerme desaparecer, i aquí estoy de pié, bella como era, i ya no me destruirá sino el tiempo.

El cementerio está desierto: ni una sola persona recorre sus calles solitarias. Algunas avejillas cantan himnos de risa sobre las ramas de los árboles, i algunas lagartijas se deslizan lijeras sobre los nichos. En medio de aquel mundo, que tanto ruido hizo en vida, puede escucharse el aleteo de los insectos.

Yo miro siempre a la estátua; quisiera darle mi mano para que descendiera de su pedestal i se sentara a conversar conmigo a la sombra de ese bosquecillo que está cerca de ella; si su pesado traje fuera un inconveniente, podria conducirla en mis

brazos. ¡Qué de cosas estrañas me revelaría! ¡Con qué gracia solitaria su lengua tanto tiempo muda! ¡Ah, la miro i creo que su rostro se anima! Su frialdad de mármol no me inspira ningun recelo; siento cariño hácia ella; recuerdo al esposo que la tuvo i la perdió, i me parece que si le viera aquí tendria celos.

Un ruido de pasos me vuelve a la realidad; parece que es una comitiva, i me alejo sin volver el rostro, como si hubiera sido sorprendido en una profanacion i no quisiera ser reconocido.

La comitiva que avanza es un entierro: un grupo de hombres i de mujeres del pueblo conducen un pequeño féretro. Algun cholito que ha muerto ántes de los siete años. ¡Feliz él! Todos conversan indiferentes i hasta rien, como si en vez de un ataúd condujeran una bandeja de dulces. La única persona que va triste es la madre, que no se conforma con que su hijo haya volado al cielo!

## XL

Despues de algunos dias de inquietud, el señor Edwards recibe un cablegrama de Valparaiso en que se le anuncia que el ejército del Congreso ha desembarcado sin novedad en la bahía de Quinteros, distante solo unos pocos kilómetros de Valparaiso. Nunca pude saber quién envió este cablegrama i ni el mismo señor Edwards lo ha podido averiguar. La operacion del desembarco, una de las mas difíciles de la guerra, ha sido realizada con admirable pericia. Se sabe que en los alrededores de Quinteros se ha situado una fuerte division del ejército Balmacedista i se espera por momentos una sangrienta batalla.

Esperamos con impaciencia los diarios de la noche para ver confirmadas en letras de molde las importantes noticias que ya conocemos, i talvez algunas otras que pueda haber recibido el gobierno peruano. Es un servicio bien orijinal el de la prensa de Lima: los cuatro diarios que posee salen de noche: entre ocho i nueve, aparece *El Diario*, órgano semi-oficial; casi a la misma hora, *La Opinion Nacional*, mui adicta a los balmacedistas i en cuyas columnas han publicado éstos numerosos artículos de polémica o de glorificacion a la Dictadura; en seguida, i ya a las diez u once, salen *El Nacional* i *El Comercio*. Este último

es el mas antiguo i prestijioso de los diarios de Lima, i generalmente publica dos ediciones, teniendo derecho a reclamar la segunda los que han comprado la primera. No he podido esplicarme la causa de esta estraña aparicion nocturna de toda la prensa de una ciudad importante, a no ser que sea para evitar a las imprentas el fatigoso trabajo de la noche. A los que tenemos la costumbre de leer los diarios por la mañana i por la tarde, esta espera hasta una hora avanzada de la noche nos contraría i aburre.

Los cuatro diarios de Lima confirman la noticia del desembarco del ejército constitucional, reproduciendo cablegramas del *New-York Herald*, remitidos por su corresponsal en Valparaíso.

El ministro que el dictador Balmaceda tiene en Lima reclama día a día del gobierno peruano la entrega del vapor *Mapocho*, i para conseguir su intento inventa victorias que han tenido lugar ántes que se den las batallas. El señor don Ángel Custodio Vicuña ha sido en Chile autor dramático que ha levantado tempestades bien orijinales: sus dotes cómicas influyeron probablemente en el espíritu de Balmaceda para hacerle su representante en Lima, imaginándose que un autor dramático, por malo que fuera, tendría en la diplomacia mas inventiva i recursos que un diplomático que no es autor. El Dictador no se ha engañado esta vez, pues el señor Vicuña inventa una intriga por minuto; pero el público tampoco se ha engañado i continúa silbando al autor. La última intriga que se atribuye al señor Vicuña ha causado sensacion en Lima, i es sin disputa lo mejor de todos sus enredos dramáticos.

Estrechado el gobierno peruano por el representante de Balmaceda, ha creído conveniente dar una solucion a la cuestion del *Mapocho*: para salvar su responsabilidad trata de conocer la opinion de los miembros mas caracterizados de ámbas Cámaras. Con este objeto el señor Elmore, ministro de Relaciones Exteriores, ha provocado para mañana una reunion de senadores i diputados; pero en la tarde de hoy, 23 de Agosto, víspera de la reunion, el señor Vicuña ha recibido, por la via de Europa, un cablegrama de su colega i amigo don Gabriel Vidal, ministro de Balmaceda en Buenos Aires, anunciándole el triunfo completo de las armas del Dictador. Gran sorpresa ha producido en

Lima la noticia de esta victoria, que indudablemente influirá de una manera decisiva en el ánimo del gobierno i de los congresales, para hacer la entrega del *Mapocho*, con cuya cooperación pretenden los balmacedistas invadir la provincia de Tarapacá i dar a la revolucion el golpe de gracia en el mismo centro de sus recursos, precisamente lo mismo que en estos momentos hacen los congresistas en los alrededores de Valparaiso.

La noticia de Vidal ha circulado con estrépito: todos los diarios de la noche la publican; los dictatoriales invaden alegres los portales i algunos hacen manifestaciones impropias en una ciudad estraña; i el señor Vicuña, para dar una confirmacion solemne a su noticia, ha enarbolado en la Legacion la bandera de Chile, i ha habido comida, champañazos i brándis. Peruanos, estranjeros i dictatoriales creen firmemente en la noticia, i los reporters declaran que el señor Vicuña les ha mostrado el cablegrama orijinal enviado de Buenos Aires. No es posible dudar, sobre todo despues que el señor ministro ha enarbolado en su casa la bandera chilena.

Hai quien duda, sin embargo, recordando al dramaturgo. El cable entre Valparaiso i el Callao está corriente i se han cambiado durante el dia cablegramas comerciales entre ámbas plazas; ¿por qué no se ha recibido por esta vía noticia tan importante? ¿Por qué se la comunica de Santiago a Buenos Aires, i no se la manda a Lima, llegando a esta ciudad por la vía de Europa, que es mas larga i costosa? Si el cable del Pacífico estuviera interrumpido, se esplicaria esta preferencia i retardo de diez horas en comunicar tan fausta nueva. El señor Vial Solar pide noticias a Iquique, i se le comunica que no las hai. Los dictatoriales creen sacar el *Mapocho* al dia siguiente, i todo está arreglado para la marcha. Muchos se han dirijido al Callao en el tren de la noche.

Aparece el nuevo dia, i la noticia no se confirma, aun cuando la bandera de la Legacion flota siempre en los balcones. El señor Elmore pide noticias a Valparaiso, i no se le contesta. La reunion de los miembros del Congreso no ha tenido lugar, i el *Mapocho* continúa fondeado en la dársena del Callao. A medio dia descende la bandera de la Legacion balmacedista, i los dictatoriales dicen que Vicuña los ha engañado a ellos mismos. ¿Fué

él quien solicitó de Vidal un cablegrama de triunfo para hacer presión en el ánimo de los hombres públicos del Perú i obtener de esta manera la entrega del *Mapocho*? La opinion era unánime en creerlo así. Pero no se ha encontrado un documento claro i fehaciente que compruebe esta sospecha.

El diplomático que representa en Lima al gobierno de Iquique, me ha dicho muchas veces que el *Mapocho* no saldrá del Callao sino despues del triunfo de la revolucion i para conducir a Valparaiso a los desterrados de Balmaceda, i todo hace suponer que su vaticinio se realice.

En la noche del 23 de Agosto, un grupo de balmacedistas recorre las calles centrales i celebra una gran noticia recibida de Valparaiso: una montonera organizada en los alrededores de Santiago con el objeto de destruir los ferrocarriles i telégrafos, ha sido sorprendida i rodeada por las tropas del Dictador, i todos, los sesenta hombres que la componian, han sido pasados por las armas! Muchos jóvenes distinguidos de Santiago han caido en esta tremenda catástrofe.

Ya nadie cree en noticias de oríjen balmacedista, i esta narracion, que desgraciadamente es exacta, pues se refiere al suceso de *Lo Cañas*, pasa sin hacer ruido, i es reemplazada a la mañana siguiente por otra que nos es completamente favorable: una sangrienta batalla ha tenido lugar cerca del sitio en que desembarcó el ejército, i las tropas del tirano han sido derrotadas. Los dictatoriales dan de este hecho de armas una version contraria i rien de nuestra credulidad.

En la tarde la noticia se formaliza, i nuevas versiones la confirman, no dejando ya la menor duda de que la causa de la justicia ha obtenido una gran victoria. Se ha interceptado un cablegrama dirigido al gobierno frances talvez por su ministro residente en Santiago, en que da cuenta de la batalla que ha tenido lugar en las márgenes del rio Aconcagua. "Batalla sangrienta, mas de cinco mil hombres fuera de combate. Por ámbas partes se ha desplegado valor heroico; pero las tropas de Balmaceda han sido despedazadas. Se espera batalla decisiva."

¡Era el triunfo de Concon!

A esta noticia, que nos llena de esperanza, siguen dias de expectativa angustiosa noches de desvelo i de tristes reflexiones.

Nos apena el hecho de que las tropas del Dictador hayan peleado bien, cuando las suponíamos contaminadas del sentimiento de odio al tirano, que era el dominante en la opinion del país; pero Balmaceda ha sabido halagar el espíritu de la tropa, llenándola de todas las comodidades i manteniéndola alejada del contacto del pueblo. Además, en nuestro soldado domina generalmente un sentimiento de pundonor i de orgullo militar que le hace pelear con la misma bravura por una buena como por una mala causa, i cuando se encuentra al frente de su adversario no piensa sino en vencerle i le encoleriza toda resistencia. Es cierto que el ejército organizado en el norte, compuesto de voluntarios, une a estas mismas condiciones de valor el conocimiento de que defiende una causa sagrada, que lucha por derrocar al tirano de su patria, i este sentimiento del deber unido al de su orgullo, aumenta su vigor i le hace soportar contento los mayores sacrificios. Por lo que hace a la oficialidad de los dos ejércitos, hai entre ellas la diferencia que existe entre los que sostienen una causa personal i los que luchan en defensa de una idea, de la familia i de la patria.

La casa del señor Vial Solar es en estos días el refugio de todos los impacientes por saber noticias de Chile. Ocupados en comentar sucesos i planes de batallas que forja la imaginacion, vuela veloz el tiempo que nos acerca al desenlace final. Con la mirada fija en el mapa de Chile, seguimos las huellas imaginarias del ejército libertador i damos por interceptadas las comunicaciones del centro con el sur i con el norte, i hacemos avanzar a Canto i a Körner en direccion a Santiago, o les dejamos sitiando a Valparaiso apoyados por la escuadra.

Un suceso desgraciado nos tiene entristecidos: la grave enfermedad que desde hace días aqueja al señor don José Besa. El ilustre i varonil anciano, que tanto contribuyó con su enerjía e influencia a organizar la resistencia contra el futuro Dictador, se encuentra seriamente amenazado, i mucho tememos ver enlutada con su pérdida la noticia del triunfo de nuestro ejército. Por fortuna, a medida que se acerca el desenlace final de la contienda, el heroico patriota se reanima, como si su penetrante i previsor instinto le anunciara el glorioso término de la lucha. Enfermo desde el día siguiente que se supo en Lima la marcha

del ejército constitucional, no ha pedido una sola vez noticias de la campaña, comprendiendo que ni favorables ni adversas se las habian de comunicar para no agitar su espíritu, que necesita de calma; pero su mirada investigadora parece adivinar que nada se ha resuelto todavía.

Por diverso conducto se confirma el hecho de haber sido despedazada una montonera compuesta de jóvenes i niños de la mejor sociedad de Santiago, aun cuando todavía no se conoce toda la espantosa verdad. Es horrible la angustia de los que tienen en Chile hijos i hermanos que pueden haber caido en este horrendo sacrificio.

## XLI

El 28, a las once i media, gran parte de la colonia chilena en Lima, de la colonia revolucionaria, almuerza en casa del señor Vial Solar; de improviso suena con estruendo la campanilla anunciando una visita. Viva emociion domina a todos los concurrentes.—¡Noticias de Chile! dice alguién; i apenas se pronuncia esta frase, el señor don Agustin Edwards, jadeante por la precipitada marcha que ha hecho desde su hotel a la Legacion, entra al comedor vivando a Chile.—¡Triunfó la revolucion! ¡Viva el Congreso!

El principiado almuerzo se da por terminado, i todos de pié, emocionados profundamente, damos muchas veces lectura a un telegrama dirigido de Valparaiso a la Casa Graham Rowe, i que el jefe de ésta, señor Dubois, ha llevado personalmente al señor Edwards; dice así:

«Revolucion triunfante. Ejército de Balmaceda despedazado. Valparaiso tomado. Casa Graham Rowe no ha sufrido perjuicios.»

La primera impresion que se siente al recibir una noticia de esta naturaleza, se asemeja mucho a la que produce una desgracia; la emociion es tan viva que el ánimo se abate, i por un instante se permanece silencioso; pero la reaccion es rápida i la alegría del triunfo hace palpitar el corazon.

Nuestras instituciones se han salvado; un tirano, el primero i el único que se alzó en nuestro país, ha caido despedazado en

una campaña fabulosa de ocho días, i Chile ha dado el espectáculo grandioso de un pueblo varonil i enérgico, que lucha por sus libertades i vence en sangrientos combates. Una mezcla de nobles sentimientos nos ajita i conmueve: el amor a la patria, el mas grande de todos los afectos, la satisfaccion de haber cumplido con nuestro deber de ciudadanos i la idea de la patria salvada i engrandecida, esparce en todo nuestro ser cierta embriagadora i desconocida delicia. Un sentimiento de admiracion i de gratitud hácia los que se han sacrificado por conservar a Chile sus libertades, se alza tambien poderoso de lo mas íntimo del alma.

Alegremente emocionados abandonamos la casa de la Legacion para recorrer las calles en busca de otras noticias. La nueva de la victoria se ha esparcido con rapidez, i la ciudad está ajitada i conmovida. Siempre los pueblos que vencen, en luchas tan justas i nobles, son objeto de admiracion i de respeto, i ya que no se puede enviar a Chile esta impresion, se nos saluda i felicita con cariño. La que mas me sorprende de estas manifestaciones es la de un jóven Campel, de nacionalidad argentina, oficial de la Legacion de su pais en Lima, que va corriendo por las calles, loco de entusiasmo, vivando a Chile i al Congreso, como si se tratara de un triunfo propio. Siento disiparse por completo mis antiguos resentimientos con los hermanos del otro lado de los Andes, corro hácia Campel lleno de gratitud, le abrazo con sincero cariño i me prometo ser desde entónces el mas arjentino de los chilenos.

En ese instante el señor Edwards, que forma parte de la comitiva, recibe un nuevo cablegrama de Valparaiso, enviado por don Alfredo Edwards, en el que se confirma la noticia del triunfo. Ya no hai lugar a la menor duda: es cierto que ha caido el Dictador.

Muchos de los balmacedistas residentes en Lima vagan por las calles un tanto mústios, aun cuando su orgullo les obliga a dominar sus emociones.

No tardo en encontrar a mi amigo el coronel i le saludo con la mas discreta correccion; pero el incrédulo niega la exactitud de las noticias i se imagina que todo ese bullicio no pasa de ser alguna farsa, por el jénero de las que inventa el Ministro Vicuña,

echada a correr por nosotros con algun propósito determinado. Trato de persuadirle de su error; pero él, empecinado como siempre, me repite la frase que parece estereotipada en su cerebro:— ¡Es imposible! ¡El viejo ejército de Chile no podrá ser vencido!— El Ministro Vicuña no se muestra tan incrédulo como el coronel: tengo el gusto de encontrarle en uno de los portales i me detiene deseoso de conocer de boca de uno de sus adversarios las alarmantes noticias. Le refiero lo que se dice.

—No creo en la estension de la derrota, me contesta con helada sonrisa; probablemente han obtenido ustedes un triunfo parcial; pero de ninguna manera una victoria decisiva. Voi a palacio i ahí sabré la verdad de lo ocurrido, que comunicaré a usted.

El señor Vicuña, cuyo rostro es jeneralmente pálido, va lívido en esos momentos; sus labios están blancos i un lijero temblor nervioso le ajita.

En palacio sabe toda la verdad, como él lo esperaba: el cónsul peruano en Valparaiso, señor Ramos, acaba de comunicar a su Gobierno la derrota completa del ejército del Dictador i la toma de Valparaiso.

Pocos días despues el señor Vicuña entrega al verdadero Ministro de Chile en Lima, señor Vial Solar, el archivo completo de la Legacion balmacedista, mui bien arreglado i sin que falte uno solo de los documentos mas importantes de la época histórica de la Dictadura, hecho que todos estimamos honroso para el señor Vicuña, pues no ha tratado de ocultar nada, ni de escusar la responsabilidad que le afectara en estos sucesos.

Para que no quede la menor duda en el ánimo de los mas recalcitrantes respecto al triunfo obtenido por el ejército constitucional, se anuncia el pronto arribo al Callao de la cazatorpedera *Lynch*, mandada por Moraga. El barco de la escuadrilla de Balmaceda, que quedó fuera de la bahía de Valparaiso cuando los vencedores llegaron a los alrededores de esa ciudad, viene a ponerse a las órdenes del Ministro de Chile en el Perú.

Mucha curiosidad despierta el arribo de la *Lynch*: peruanos, extranjeros i chilenos visitan la pequeña nave que durante algu-

nos meses recorrió la costa, tomando parte tan principal en el trágico suceso de Caldera. La *Lynch* está mui deteriorada i su desmoralizada tripulacion, que reclama el ajuste de sus cuentas, termina la campaña con el saqueo del comedor i de los camarotes. La tripulacion muéstrase mui indignada contra Moraga; pero éste ha sabido ponerse a cubierto de su cólera con su reconocida habilidad en esta clase de aventuras

Moraga se pasea por las calles de Lima en compañía de varios oficiales de la *Lynch*. En verdad, no son muchos los balmacedistas que le acompañan i no he visto a su lado uno solo de los que tienen alguna importancia personal, como si hasta ellos mismos sintieran repugnancia en ostentarse en público con el que destruyó uno de los buques mas poderosos de la escuadra chilena. Moraga viste un largo paltó de paño azul con cuello i bocamangas de nutria, i su aire de calavera derrotado fija la atencion de los curiosos peruanos. Tiene la aparente tranquilidad de un tahur que, despues de haber perdido su fortuna, se levantara de la mesa sonriente i despreciativo. ¿Que tiene él que perder? Durante cuatro meses ha hecho un papel ruidoso, recojiendo buenas propinas; pero jugó a la sota el porvenir de Chile i el suyo, i salió el rei. Esto le ha pasado muchas veces. Mañana aparecerá en Méjico o en Buenos Aires haciendo el mismo juego i la misma vida, hasta que desaparezca de la escena del mundo por algun accidente trágico.

Gran parte de los tripulantes de la *Lynch* han abandonado el servicio del buque i buscan trabajo en las ciudades del Callao i Lima; pero no encuentran ocupacion alguna, como que hai en este pais una completa paralización industrial i mercantil. Ni uno solo ha logrado emplearse, i su falta absoluta de recursos les crea una situacion difícil en pais extranjero; muchos de ellos se han presentado a la Legacion solicitando ausilios de cualquier jénero i ser enviados a Chile en uno de los buques de guerra que partan próximamente del Callao. El señor Edwards ha puesto a las órdenes de la Legacion algunos fondos con este objeto i se les ha prometido la repatriacion.

La profecía del señor Vial Solar se ha cumplido con el mismo o mayor acierto que las profecías bíblicas: el *Mapocho* no saldrá del Callao sino para conducir a Valparaiso a los desterrados de

la Dictadura. El famoso vapor ha entrado al dique a limpiar sus fondos, i en pocos dias estará listo para emprender su viaje. Las personas que deben ir a su bordo hacen sus preparativos para regresar a la patria triunfante. El corazon palpita de alegría ante la idea de volver a ver a Chile salvado, i solo yo, enfermo todavía, contemplo contrariado estos trajines de marcha, pues el médico me ordena postergar mi viaje por dos semanas ¡Qué hacer! Me entretendré en Lima mirando las caras de los balmacedistas. No soi cruel; pero no puedo dejar de reir cuando álguien se da un porrazo: es una alegría tonta i de mal gusto, pero mui comun en la especie humana.

Las señoras Ross de Edwards i Mac-Clure de Edwards han tenido una idea que las enaltece i que es propia de tan nobles corazones: quieren que ántes de partir en direccion a la patria, demos gracias al Dios de los ejércitos por el triunfo obtenido. La campaña ha sido tan brillante, tan rápida, tan maravillosa, que no es estraño que Dios haya tomado parte en ella... Si en las horas desgraciadas de la vida el hombre eleva al cielo su conciencia, en los grandes triunfos de la justicia se experimenta una misteriosa gratitud hácia álguien que influye en estos fallos supremos. Hai ciertamente una lei de equilibrio moral como hai otra de atraccion i de equilibrio material que mantiene el órden i la armonía del Universo.

Todos los diarios de Lima publican una invitacion a la misa solemne por los que murieron en la pasada guerra civil de Chile, firmada por los senadores señores Besa i Edwards i los diputados Vial Solar, Zorobabel Rodriguez i Vicente Grez. El espíritu de esta invitacion no puede ser mas jeneroso: «Rogamos a todos los chilenos i a nuestros amigos peruanos i extranjeros, etc., etc.»

Las exéquias celébranse con gran pompa en el templo de la Recoleta en la mañana del 3 de setiembre, concurriendo algunos balmacedistas, muchos peruanos i extranjeros i una parte considerable de la distinguida sociedad femenina de Lima.

Dos o tres dias despues el *Mapocho* se hace a la mar en viaje directo a Valparaiso, conduciendo a su bordo a las distinguidas señoras i caballeros a quienes la Dictadura obligó a abandonar la patria.

## XLII

Al fin, digo adios a Lima, a esta ciudad amable i simpática que conserva como ninguna otra su fisonomía de la colonia, ciudad mundana i mística a la vez, de hogueras, de jolgorios i de revoluciones.

Mirando el estrecho valle por una ventana del wagon que me conduce al Callao, digo adios al viejo Rimac, rival vencido del Mapocho hoi canalizado, i saludo con reverencia a los últimos gallinazos de aire doctoral, que inclinados filosóficamente sobre la tierra, devoran el fango i desprecian la verde yerba.

Todos los árboles i arbustos ostentan todavía el rocío de la noche; un cielo bajo i plomizo mantiene en esta campiña un color húmedo i ardiente de conservatorio. Deseo llegar al mar, aspirar sus brisas frescas i contemplar su horizonte ilimitado.

El *Serena*, a cuyo bordo me embarco, no es con mucho el mejor de los vapores que surcan el Pacífico; pero aventaja en tamaño i en la suavidad de su marcha a ese par de viejos danzantes que se llaman el *Bolívia* i el *Coquimbo*, que ponen a prueba los mas fuertes estómagos.

Un vapor es un pequeño mundo flotante: la vida se ajita en su interior, i cierta intimidad de familia se establece entre sus moradores; todos gozan de las mismas escenas, saborean la misma comida i se agrupan para admirar los panoramas que la naturaleza nos ofrece en nuestra marcha. En esa frágil vivienda que se desliza sobre las aguas, corremos todos el mismo peligro, i este sentimiento es otro lazo de union i de cariño. El *Serena* presaja esta vez un viaje agradable, pues he visto, al pasar frente a los camarotes, mas de una silueta interesante: rostros de mujeres bonitas i de niños graciosos.

Viajamos con un mar tranquilo i tan en calma que ni una lijera ola ajita su tersa superficie. Las aguas, de un color de acero opaco, parecen duras i espesas i como que el vapor hace un esfuerzo al cortarlas.

Es curiosa la coleccion de seres humanos que a bordo de esta nave se han reunido: fija principalmente mi atencion un ingles jóven, comunicativo i risueño, que nada tiene de parecido con el

tipo universal británico que se ve en todos los puertos de mar i en algunas novelas francesas. Es un ingles de lejítima procedencia, nacido en Lóndres, pero por cuyas venas corre sangre chilena, pues su abuela era una dama santiaguina que creó su mestiza estirpe en una de esas floridas mansiones del cerro Alegre de Valparaiso. Estas pocas gotas de sangre latina han hecho de él un ser atrayente, que se humaniza i no exige presentacion prévia para entenderse con los demas hombres. Viene a Chile por primera vez como empleado principal o socio de una gran casa de comercio de Valparaiso, i declara que los chilenos somos mas ingleses que españoles, pues no descendemos de Almagro ni de Valdivia, sino de Cochrane i de sus compañeros, i da como prueba que ante todo somos verdaderos marinos. Conoce de memoria nuestras campañas marítimas i las admira. El episodio inmortal de Iquique i la soberbia actitud de la escuadra el 7 de Enero, salvando la Constitución i las leyes de la República, son hazañas verdaderamente inglesas. Chile, me dice con entusiasmo i creyendo dirigirme la mas fina galantería, es una colonia libre de la grande i vieja Inglaterra. *Ah reigh!* y agrega con la espresion importante i grave de un ingles que entra al fondo de los negocios:—Durante la campaña, *The Times* se ha ocupado mas de Chile que de Gladstone i la Irlanda. Es, pues, objeto de vivo interes este ingles comunicativo que rie como un frances.

Pero el compañero de viaje con quien vivo en mas intimidad es el estimable escritor nicaraquíense don Cárlos Selva, desterrado de su patria desde hace un año i a quien tuve el gusto de conocer en Lima. Selva viene a visitar nuestro pais i seguirá viaje a la Argentina, al Uruguai, al Brasil i despues a Europa, haciendo de su destierro tarea de útiles estudios. Es un caballero modesto i de notable instruccion. El señor Selva es pariente del Presidente de Nicaragua, i la relacion que me hace de su prision es para mí de lo mas interesante, pues me parece escuchar la lectura de una página de la dictadura de Balmaceda. El mismo engaño, la misma felonía, la misma insidia.

Selva era propietario de un periódico que se publicaba en Managua, la segunda ciudad en importancia que posee Nicaragua, i en sus columnas combatia la política del Presidente, que

habia hecho del Congreso una asamblea de paniaguados, que dilapidaba las rentas públicas, enviando al destierro a los hombres mas distinguidos i rodeándose de los elementos sociales mas ruines i despreciables. La prensa habia enmudecido i solo el periódico de Selva se atrevía a decir la verdad con moderacion; pero hasta esta débil voz libre molestaba al tirano, que ordenó la clausura del diario i la prision del escritor.

La familia de Selva, alármada con este atentado, puso en juego sus influencias con el Presidente, pidiendo la libertad del preso; pero el tirano la negó, asegurando que se habia visto obligado a reducir a prision al periodista con el objeto de salvarle de las furias del pueblo, que queria despedazarle por los ataques que dirigía al Gobierno. Es de advertir que en Managua todo el mundo era opositor i aplaudia la conducta patriótica del escritor.

En la cárcel, Selva es encerrado en un calabozo i reducido a la mas estricta incomunicacion; i como la familia reclamara de esta inútil crueldad, el Presidente contestó que esas medidas las tomaba contra su voluntad i solo en obsequio de su pariente, temeroso de que los presos mismos lo despedacen al tener conocimiento de su conducta con el Gobierno.

Hai en esta narracion toda la broma e ironía que Balmaceda i sus compinches gastaban con sus víctimas. Éstas i otras muchas historias que Selva me refiere, manifiestan que los tiranos son los mismos en todos los paises i en todos los tiempos desde el gran maestro Neron hasta el oscuro aprendiz de Nicaragua.

En el Callao se embarcaron en el *Serena* dos jóvenes cuyo reciente matrimonio habia sido mui celebrado en Lima. Ella es una peruana mui finita i pálida, i él un yankee sonrosado i feliz. Es interesante ver a esos enamorados i jóvenes esposos pasearse por la cubierta del vapor tomados de las manos i acariciarse con las miradas.

Van a pasar la luna de miel a Tocopilla, donde el esposo tiene un negocio importante. ¡Tocopilla! ¡Desierto de guano i de salitre! Pero ¿en qué sitio de la tierra no es feliz el hombre en esos momentos en que cree tener entre sus brazos al universo entero? En Tocopilla hai lo que mas desean los enamorados:

desierto de agua i de cielo, con los que tan bien se entiende ese otro infinito del amor.

Pero los hombres de mundo que vienen en el vapor, miran con cierta burla a esa feliz pareja olvidada del porvenir, i no pueden ménos de recordar con ironía su propia historia. La luna de miel pasará, i la juventud tambien, i todo lo malo que esas dos almas ocultan surjirá un día al menor choque, i los que hoi se adoran, talvez lleguen a odiarse i a recordar estas deliciosas horas como un engaño, como una juvenil tontería, como algo inverosímil i ya perdido entre las brumas de una larga i desagradable union.

I como para probarnos que el amor es eterno, que se transforma i se estiende, que pasa del esposo al hijo engrandecido, una hermosa viajera se pasea por la cubierta ostentando feliz un grupo de muchachos, que retozan alrededor suyo. El mas pequeño, de tres años de edad, va pendiente de su mano; sus piecitos son todavía mui débiles i no resistirian sin su apoyo la cimbra del vapor. La interesante madre, en todo el esplendor de la belleza i de la juventud, tiene para cada uno de sus niños una sonrisa, un cariño i una advertencia; tan pronto les besa como les reprende, orgullosa de ejercer autoridad sobre tan preciosos súbditos.

Las mujeres miran con envidia a esa jóven e interesante mamá, i yo tambien la miro. Su hermoso rostro, lleno de nobleza i de bondad, me recuerda el de otra persona conocida, pero cuyo nombre he olvidado. Esa bella imájen la he visto yo otra vez; pero ¿en dónde? ¡Ah! ¡ya lo recuerdo!... Es la misma, la misma que ví reproducida en blanco mármol sobre una tumba del cementerio de Lima! ¡Qué estraña i hermosa semejanza existe entre estas dos mujeres! La misma cabeza, la misma frente seria i pensativa, los mismos bellos ojos de espresion amante, los mismos labios bondadosos, el mismo seno demasiado provocativo para una muerta!... ¿Cómo ha podido efectuarse, ántes del juicio final, el fenómeno de esta resurreccion? ¿Será esta misma la muerta que se representa en aquel mármol, o acaso aquella mujer no murió nunca, i es una historia misteriosa i terrible, como la de Julieta, la que he venido a sorprender a bordo del *Serena*?

¡ Mas de una vez intento acercarme a la desconocida dama; pero ¿con qué pretexto? Su bondad me atrae, pero su belleza i majestad me imponen cierta consideracion respetuosa que no sé cómo vencer. Tomo dulcemente de la mano a uno de sus niños, i lo acaricio talvez de una manera estúpida, pues ella frunce el ceño i sonrie como debia sonreir la estatua al ver hacer alguna tontería a los mortales.

Me alejo avergonzado i con miedo. ¿Soy presa de una ilusion, o efectivamente hai en esa mujer algo de misterioso i sobrenatural?

Las sombras de la noche descienden, i el mar principia a conmoverse; me afirmo a las barandas del vapor, en medio de un grupo de pasajeros, entre los que se encuentra el capitan.

—¿Sabe usted quién es aquella dama? le pregunto en voz baja.

—Sí i nó... me responde fijando en mí una mirada socarrona.

—¿Quién es?

—¿No la vió usted en Lima?

—Sí la ví... Entónces ¿es la misma?

—¡La misma!

I al oír esta respuesta siento una especie de desvanecimiento que me hubiera hecho caer al mar si no me tomo fuertemente de la baranda.

### XLIII

Paso la noche ajitado i nervioso, i solo al amanecer, cuando la luz del día penetra por las rendijas de mi camarote, se disipan mis sueños supersticiosos. He resuelto aclarar con el capitan la historia de la dama misteriosa.

El *Serena* yace fondeado, i su suave balanceo provoca al sueño, al dulce i lijero sueño de la mañana; pero el bullicio de los pasajeros i la curiosidad de conocer el sitio donde nos encontramos, cuyo nombre he oido repetir varias veces, vencen mi pereza. Estamos en Caleta Buena, pequeña bahía situada entre Pisagua e Iquique, casi a igual distancia de cada uno de esos puertos.

Un espectáculo magnífico se presenta a mi vista: la pequeña bahía está cubierta de gaviotas que ajitan sus alas sobre las

aguas i surcan el aire en espesas bandadas, cambiando constantemente de sitio con una volubilidad encantadora e inquieta. Son miles, centenares de miles, talvez millones. El mar i el cielo se ajitan en un continuo aleteo, produciendo un rumor extraño que nace i se estiende por todas partes. Es de creer que hemos llegado al reino mismo de las gaviotas, de donde éstas salen para desparramarse por todos los mares. En el norte i en el sur del Pacífico he visto bandadas de gaviotas silenciosas i tristes; pero éstas son alegres i felices, como que parecen vivir en una eterna fiesta.

Caleta Buena es un nuevo e improvisado emporio del salitre; la ciudad, situada a los piés de elevadas montañas, es pequeña, blanca, alegre i fabril, como que ha sido creada para servir a las salitreras de Agua Santa, una de las mas importantes de la zona, situada en el límite de los departamentos de Pisagua i Tarapacá.

La produccion de esta sola oficina se eleva a cinco mil quintales diarios, que ántes se conducian a Caleta Buena en carretas tiradas por mulas, i ahora por un ferrocarril que desciende de las montañas al puerto por un plano inclinado en gradiente de 60 por ciento.

Este trabajo, mui semejante al de los ascensores, es de una audacia que maravilla. Un motor poderoso, situado en la alta planicie, a 2,500 piés sobre el nivel del mar, permite el descenso de los carros que se deslizan sobre rieles, sostenidos por cables de alambre. A medida que bajan los carros cargados de salitre, otros suben repletos de carbon i de víveres. No hai carros de pasajeros, i éstos viajan instalados en una pequeña plataforma colocada detras de los carros. Desde el *Serena* veo el incesante bajar i subir de los trenes, admirando esta atrevida obra de injeniería. Los viajeros que por primera vez descienden i miran desde la cima de las montañas la espantosa pendiente i el abismo del mar, cierran los ojos i se entregan en brazos de la Providencia i de los injenieros. Una vez se cortó el cable, i los carros, volando por el espacio, cayeron al mar pasando por sobre las casas del pueblo.

El capitan del *Serena* cree que su vapor estará fondeado dos dias en este puerto, pues tiene que desembarcar dos mil toneladas de rieles que trae para el ferrocarril de Agua Santa. Todos

protestan de esta larga estadía, inútil en un sitio tan insignificante; pero yo gozo contemplando esta pequeña i laboriosa villa que surge a orillas del mar salitrero, i el enjambre de gaviotas que surcan el aire i las aguas es un espectáculo extraño i alegre que talvez no volveré a presenciar. La bahía está repleta de peces que juegan sobre las aguas, sacan al sol su cabecita i menean la alegre cola, miéntras las gaviotas en acecho descienden como flechas i se remontan al cielo con su presa palpitante. El golpe es fijo i certero i ni una sola se chasquea. Las gaviotas, gordas como abadesas, viven así en un festin interminable. A veces me indigna el espectáculo de esta atroz carnicería i la imbecilidad de los peces que no toman medida alguna defensiva. Mi amigo Selva rie de mi indignacion, i cuando despues en la mesa sirven el pescado, me dice que voi a hacer lo de las gaviotas i con ménos trabajo que ellas; pero yo me resigno a esta lei brutal de devorarnos los unos a los otros, i como sin escúpulo el sabroso pez, que al fin no he sido yo quien le ha dado la muerte.

## XLIV

Otro espectáculo triste, que llena de pena el corazon, es el que ofrece una pobre madre con su hija enferma. Por las mañanas i por las tardes tranquilas, cuando el vapor está anclado o su marcha es suave, vése a la jóven enferma sentada en su silla de brazos, al lado de la inquieta madre que espía sus menores movimientos. Madre e hija son chilenas, pertenecen a una familia distinguida de la Serena i se dirijen a Copiapó, cuyo clima, especialmente el de Chañarcillo, recomiendan para la tísis.

La madre cree que su hija sanará en ese clima seco; pero la jóven parece dominada por el presentimiento de su muerte. En su tez pálida aparecen a la menor impresion las manchas sonrosadas de la tísis, i sus ojos brillantes i soñadores se fijan en un punto del cielo como queriendo penetrar su misterio i conocer ántes de tiempo ese mas allá que luego será su morada.

Estos éxtasis en que la enferma se sumerje a cada momento, alarman a la madre, que trata de distraerla con aparente i forzada alegría. Se conoce, en el esfuerzo que la pobre madre hace

para respirar, en los movimientos nerviosos i exasperados de su cabeza i de sus brazos, en el brillo húmedo de sus ojos, que trata de dominar un gran dolor pronto a estallar en sollozos. I ella, la hermosa enferma, nota al parecer estas emociones maternales, abre sus grandes ojos recelosos i luego sonrie con esa tristeza i dulzura de las almas puras que van a volar al cielo.

Una tarde en que varios amigos estamos silenciosos a su lado, preocupados profundamente de ese próximo inevitable fin, aunque al parecer entretenidos en mirar a las gaviotas que descenden de cabeza al mar i se remontan con su presa; ella, despues de observar que su madre no está con nosotros, dice sonriendo:

—¡Cuándo vendrá por mí la gaviota negra que me ha de llevar!

I añade mirando sus blancas manos descarnadas:

—Todavía estoi mui pesada, tengo que enflaquecer un poco mas.

Mi amigo N., que peleó en Pozo Almonte, me dice al oido:

—Prefiero encontrarme mil veces en un campo de batalla a presenciar estas escenas. I se retira discretamente.

En ese momento pasa cerca de nosotros la misteriosa dama cuya terrible semejanza con la estátua de mármol tanto me ha preocupado.

—Qué interesante! dice la enferma, siguiéndola con su mirada; i tan sanita! Ella no morirá jóven como su hermana.

—Ah! esclamo yo con el asombro del que descubre un grande i misterioso secreto, es hermana, hermana de una muerta...

Todos rien de mi estraña i tonta ocurrencia.

—Las dos tan hermosas i tan parecidas, continúa la enferma, como que eran gemelas. Cuando murió la otra, su marido la hizo hacer un retrato i sirvió de modelo María, la hermana viva, que es la que viene aquí.

Entónces yo esplico la sorpresa, el misterioso temor i el asombro que me produjo la presencia de esa hermosa mujer. Mi impresion habia sido tan profunda que ahora mismo dudo si será o nó la muerta la que viene en el vapor. . .

—Oh! no diga usted eso, dijo la enfermita, abriendo sus ojos con ansiedad; me da miedo.

Luego circuló por el vapor la estraña historia, i entónces era

yo el objeto de la mas viva curiosidad. No faltó quién me creyera un demente. Ella misma quiso conocerme, i cuando ví de cerca sus ojos celestiales i oí su voz que me parecia haberla escuchado muchas veces en la intimidad, parece que no estaba mui equivocado el que me juzgó demente.

Un día le dijo Selva que yo iba a escribir este viaje, i como ella sabia que venia solo de Lima, echó a reir con tanta sinceridad, que desistí en el acto de mi proyecto.

Desde entónces me habla siempre de viajes: del centro del África i de sus grandes desolaciones; de la India misteriosa i de sus relijiones; de los mares petrificados i siniestros; de las tierras frias donde el hombre vive cubierto de pieles en sucias guaridas; de los países montañosos i las inmensas i monótonas pampas fértiles de la América Meridional. Me habla de estas cosas con una ironía de formas inocentes, pero cuyo fondo yo comprendo mui bien. Ella ha visto muchos de esos países i yo nó, i sin embargo voi a escribir un libro de viajes. Su burla crece a medida que nos intimamos i que el vapor se acerca a Valparaíso. Una tarde que yo me agregó a un corrillo donde ella domina, me recibe con esta frase:

—¿Qué dice el amigo Stanley? ya ha descrito la pajarera de Caleta Buena?

I fija en mí su pupila risueña i picante.

Me arde un poco la frase i su intencion i hubiera querido castigarla mordiendo sus labios crueles; pero me aplaza su mirada bondadosa que parece decirme: "no hai intencion alguna malévola en lo que he dicho, todo es pura broma."

I esta pequeña lucha me interesa como si se tratara de una pasion. Si el viaje fuera mas largo, quién sabe si renaceria otra vez la eterna ilusion! Pero todo eso ha pasado para siempre. Que libre i fuerte me siento por no jemir bajo su yugo, aunque a veces ¡cuán melancólico!

## XLV

Llegamos a la hermosa bahía de Coquimbo, i el *Serena*, despues de pasar majestuoso frente a la ciudad de su nombre, fondea en el centro de la abrigada rada. Suaves ondas mueven apénas la superficie de las aguas, que mas parecen las de un lago que

las del inmenso i grande océano. El cielo está de un azul purísimo, i la Serena destaca sus torres blancas de entre las verdes arboledas de sus huertos. Por el camino que bordea el mar se ven venir en direccion a Coquimbo algunos carruajes que se deslizan veloces, a veces se ocultan entre las rocas i los grupos de árboles i luego reaparecen en el llano.

Desembarco en compañía de muchos pasajeros i juntos recorremos las calles de la pequeña i limpia ciudad. Los dictatoriales se han ido! El poderoso ejército que resguardaba esta provincia, se ha rendido sin combatir al tener conocimiento de las derrotas de Concon i de la Placilla, i la brillante caballería que avanzaba a marchas forzadas en direccion a Viña del Mar, se ha quedado a la mitad del camino.

Pregunto con interes por el acróbata i capitan de puerto que tanta hilaridad produjo en los viajeros del *Coquimbo*, i me dicen que al saber la caida de Balmaceda, dió un salto mortal i desapareció.

No sé qué de estraño tiene la fisonomía de este pueblo que ayer se ostentaba tan marcial: las calles se ven casi desiertas, pues mucha jente ha huido o se ha ocultado; los cuarteles parecen conventos, i en los cafetines sin jente quedan las últimas provisiones que la soldadesca no alcanzó a consumir. Se ven grupos de militares, en traje de paisanos, que charlan en silencio como si despidieran un duelo, i las mujeres de vida alegre que por ahí pasan les miran sonriendo, con una espresion que nada tiene de provocativo sino de burlesco. Parece que la ciudad hubiera cambiado de súbito el brillante disfraz que usó algunos meses, volviendo a vestir su traje honesto de los dias de trabajo.

El tren que viene de la Serena penetra en la ciudad, i la locomotora anuncia su llegada con agudos silbos. No tenemos el gusto de ver descender a los viajeros, entre los que vienen muchos oficiales del ejército de Balmaceda, i sus familias; nos hallamos algo distantes de la estacion.

Nos dirigimos al vapor, pues es la hora de la comida, i en tierra no hemos visto un solo café que nos inspire confianza. En el muelle compro algunos ramos de flores, de esas elegantes flores de Chile, de colores distinguidos i de aristocrático aroma. Me asombran los bellos claveles del tamaño de una rosa.

En la noche el vapor es asaltado por una verdadera multitud. Son oficiales del ejército dictatorial i sus familias que se dirijen a Valparaíso; los camarotes desocupados no bastan a contenerlos, i hai necesidad de volver a trasformar el comedor en dormitorio.

Los hombres, al notar que son objeto de la curiosidad de los pasajeros, aparentan indiferencia por los últimos sucesos: pasean en grupo por la cubierta superior del vapor, con aire orgulloso i militar, como si todavía arrastraran la espada que pusieron a las órdenes de Balmaceda. Muchos pertenecen al ejército improvisado, i unos fueron incorporados con el grado de capitán, otros con el de sarjento mayor i otros todavía con el de teniente coronel. En seis meses, i sin pelear con nadie, hicieron una carrera que para los antiguos oficiales del ejército fué de muchos años i de muchas i gloriosas batallas.

Como si todavía el porvenir les perteneciera i aplastaran a Chile con sus botas, forman en el comedor alegre algazara i liban copas a la salud de los vencidos. I miéntras ellos derrochan indiferentes los últimos dineros de la Dictadura, vése en los camarotes a sus esposas abatidas, pensando en el triste día de mañana. Algunas son hermosas i visten de luto, talvez por su situación o haber perdido algun deudo en las recientes batallas. Al lado de estas mujeres, que inspiran profunda simpatía, se agrupan niños silenciosos, como si comprendieran que algo se ha desplomado sobre sus cabecitas. En un extremo oscuro del vapor veo un grupo de señoras, que conversan i lloran en silencio... ¡Oh, la guerra, la infame i brutal guerra, me digo con pena, no se contenta con hacer sus víctimas en los campos de batalla, sino que tambien las hace en el fondo de los hogares, i éstas son las mas infelices!

#### XLVI

Pronto el *Serena* fondeará en Valparaíso. El mar está mui ajitado: olas negras i espesas azotan el barco i parece que dificultan su marcha, aunque un fuerte norte nos empuja. Las jarcias crujen con estrépito, como si el buque riera de contento porque va a llegar al término de su viaje.

Los pasajeros, agrupados en la cubierta, observan con curiosidad la costa i señalan los sitios que han sido teatro de las recientes batallas.—¡Ahí está Quinteros! esclaman.—Ese, ese es Concon!—Ahí desemboca el Aconcagua, que el ejército del norte atravesó con sus fusiles en alto, recibiendo impasible el fuego que los dictatoriales le dirijian desde las alturas vecinas. Los mas débiles eran arrastrados por las aguas, miéntras otros caian heridos de muerte; i el ejército avanzaba, avanzaba serceno. Otros, provistos de grandes anteojos, señalan los campos de la Placilla i describen la situacion de los ejércitos i la batalla misma, como si todavía se peleara...

Dos grandes vapores marchan en direccion al norte, i algunos barcos a la vela danzan sobre las olas, sin atreverse a entrar al puerto. Se conoce que estamos a las puertas de una gran ciudad marítima.

—¡Viña del Mar!

I de entre frondosas arboledas se destacan los elegantes chalet de esa mansion de verano. Se ven los jardines que trepan los cerros, i una que otra torre blanca que se alza sobre el follaje verde. De improviso una ola mas vigorosa que las demas levanta el vapor i me parece divisar hasta el fondo del valle.

Penetramos en la bahía que los españoles, mas bien por su clima que por su belleza, denominaron del Paraiso, i un espectáculo curioso e imponente se presenta a mi vista: es toda una escuadra inmensa que danza sobre las aguas. ¡Qué fiesta mas orijinal! Buques mercantes de todos tamaños i colores, venidos de todos los puertos del mundo, pesados navíos de guerra que ostentan el pabellon de las grandes potencias, todos se entregan a un baile cadencioso i loco. El mar ruje, llora i se lamenta como si lo atormentaran antiguos recuerdos, i los buques se cimbran inquietos sobre su indignada superficie.

La ciudad, edificada sobre los cerros que rodean la bahía i la angosta faja de tierra que se estiende entre éstos i el mar, contribuye con su orijinalidad a dar estraña vida al espectáculo. Aquel cerro cubierto de casas construidas con el mayor desórden, unas sobre otras, la de mas allá sobre una pendiente, la otra sobre un abismo, sobre una alta empalizada, sobre un derrumbe, parece haber sido despedazado por un terremoto i

que las casas no hubieran alcanzado a caer, deteniéndose cuando ya venían rodando, unas con sus fachadas hácia el sur, otras al norte o al oriente. La vista se fatiga en los detalles i contrastes de colores de que están pintadas las viviendas.

I al lado de este barrio orijinal, que parece haber sido construido en ruinas, se alzan otros ordenados i elegantes, de lindas casitas en forma de chalet, i cuyas calles bordeadas de jardines han sido delineadas con cuidado. A ese barrio se sube por un ascensor, i al otro por una calzada especial, con barandas de fierro que sirven de apoyo i de seguridad. A cada paso hai aquí una sorpresa: ya es una pequeña plaza decorada por una iglesia de alta torre, un pretil que impide el derrumbe de un cerro, una calle que se divide en diez, un barranco rodeado de reja i cubierto de hiedra, centenares de escaleras de piedras que suben a la derecha, a la izquierda, a todos lados, i a medida que se asciende se domina el mar, el inmenso mar Pacífico, casi siempre alborotado e inquieto, i los suntuosos barrios comerciales de la ciudad baja. I cuando ya el viajero fatigado cree haber llegado al fin de su escursion, todavía divisa mas allá un pequeño barrio construido en una ámplia i elevada meseta, i mas abajo un caserío en el fondo de un abismo. . .

—Vea usted, me dice Selva, pasándome su antejo; ahí, en aquel sitio, se ve una casa de diecisiete pisos.

En efecto, es una série de casas construidas unas en pos de otras, que hacen la ilusion de una sola. La primera tiene tres pisos, la segunda tambien, la tercera dos i así hasta llegar casi a la cumbre de la montaña. Es un barrio construido en forma de escalera; pero visto de otro lado, el efecto desaparece, i las casas se ven aisladas, formando parte de otros grupos.

—¡Qué ciudad mas orijinal! me dice Selva; es fea i hermosa a la vez.

Yo no participo de esa opinion, pues Valparaiso me parece una ciudad encantadora i fantástica. Habrá en el mundo muchas otras mas bellas, populosas i ricas; pero ésta es la verdadera entrada a la patria, i se quiere todo lo que en ella se ve! ¡Qué suave i puro es el aire! ¡Qué espíritu tan varonil i guerrero el de este pueblo mercantil! ¡Qué aroma tan delicioso emana de estas montañas! I mientras así pienso, el vapor se cimbra

imitando la danza de los demas. Son los enanos de la fábula que bailan al compas del violin encantado.

Los pasajeros, apiñados sobre la cubierta, con sus equipajes prontos, esperan impacientes que calme el temporal para poder desembarcar. Los dueños de botes que han escalado el vapor i que circulan por la cubierta, dicen que eso no es nada i que se puede desembarcar sin el menor peligro; pero, como para desmentir a sus patrones, las pequeñas embarcaciones se alejan, mientras otras llegan, pues les es difícil mantenerse cerca del vapor, contra el cual chocan. ¡Qué recibimiento tan poco cortes nos ha hecho este viejo gruñon que se llama el océano!

Venciendo el ímpetu de las olas, llega hasta el *Serena* un pequeño vapor que conduce a varios empleados de la capitania de puerto, encargados de practicar la visita de ordenanza. Uno de ellos me reconoce i me invita a embarcarme en su segura nave, i yo acepto el amable ofrecimiento. No quiero despedirme de nadie; despues veré en tierra a las personas que estimo; me parece de mal agüero este adios de despedida en medio de un temporal. Pero cuando ya estoy instalado en el pequeño vapor, miro a la cubierta del *Serena* i veo a mis amigos que me saludan. Una impresion estraña experimento al notar a María entre las personas que se quedan. Viste una bata amplia, de largos pliegues, del color de un mármol amarillento, i de su fisonomía solo diviso el perfil pálido. ¡Dios mio! ¡Qué semejante está en su actitud a la estatua de mármol que tanto me ha desvelado! Pero la estatua me ve i se anima, ráfaga de despecho pasa por su pálido semblante i lo ilumina; talvez se indigna porque me marcho sin despedirme. Avanza, entre el grupo de viajeros, hasta el borde de la cubierta, i, afirmada en la baranda, con la cabeza saliente hácia el mar, me grita con su burlesco acento:

—¡Adios, Stanley!

VICENTE GREZ

